79
22.

NUEVO Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE SE DECLARA LO QUE LES

sucedió á dos finos amantes llamados don Jacinto del Castillo, y doña Leonor de la Rosa, los cuales se embarcaron para Venecia, y en medio de la mar fuéron apresados por unos cosarios argelinos, que dieron con ellos en la ciudad de Argel, donde fuéron quemados por la Fe de Jesucristo.

PRIMERA PARTE.

Sagrada Vírgen MARIA,
antorcha del cielo empíreo,
hija del Eterno Padre,
madre del supremo Hijo,
y del Espíritu esposa;
pues con virtud y dominio
en tu vientre virginal
concibió el Ser mas benigno,
y al cabo de nueve meses
nació el Autor mas divino,
para redencion del hombre,
de carne humana vestido,
quedando tu intacto seno
casto , terso , puro y limpio.
¡O divina Protectora!
Amparo del desvalido,
refugio de pecadores,
y consuelo de afligidos,
dame tu divina gracia,
pues de veras te la pido:
da luz á mi entendimiento,
y á mi torpe pluma brio,
para que á escribir acierte
el caso mas peregrino,
el mas singular suceso,
y el mas estraño prodigio,
que celebran los anales,
ni en las historias se ha visto.
Sucedió en la gran Coruña,
el mejor puerto lucido
que tiene el mar en su márgen,
de mil alabanzas digno,
donde eterniza la fama
con aplausos infinitos
lo firme de sus murallas,
lo fuerte de sus castillos,
lo encumbrado de sus torres,
de sus iglesias lo altivo,
la paz de los caballeros,
y el agrado de sus hijos,
la hermosura de sus damas,
de sus galanes el brio.
En esta ilustre ciudad,
nació de padres muy ricos
doña Leonor de la Rosa,
á quien el cielo propicio

se-

se esmeró en dibujarla,
de manera, que el sol mismo
se le opuso su hermosura,
pues con rayos fué vencido:
y así triunfó de sus luces,
y de sus dorados giros,
este asombro de belleza,
este encanto de Cupido,
iman de los corazones
y de los hombres hechizo.
Fué extremada su belleza,
que pasó á ser prodigio,
pues no hay hombre que la mire,
que no se quede rendido.
En la casa de sus padres
con el recato debido
se crió, y apenas tuvo
los quince abriles cumplidos,
cuando amor tiró una flecha,
y fué para su desgracia:
que bien dijo aquel que dijo,
que la muger que es hermosa,
trae la desgracia consigo;
que bastó llamarse Rosa:
pues pocas rosas he visto,
que no mueran deshojadas
á manos del precipicio.
La causa fué un caballero,
don Jacinto del Castillo,
tan galan como bizarro,
valiente como entendido.
Este dió en galantearla
con fiestas y regocijos;
la dama le corresponde
con amorosos cariños,
que enamorada y rendida
estaba de don Jacinto;
y con la palabra de esposa
á su amante satisfizo.
Todas las noches se hablaban
por un balcon, que testigo
era de sus muchas penas:
y como amantes tan finos,
descansa el uno con otro,
repitiendo mil cariños.

Dejemos en este estado
á Leonor y á don Jacinto,
gozando aquellos elogios
que el amor tiene consigo;
y paso pues á dar cuenta,
y digo, que don Francisco,
que era el padre de esta dama,
ya tenia otros designios
de dársela á un caballero,
que era muy rico y su amigo,
don Fernando de Contreras,
que enamorado y rendido
de la singular belleza,
del encanto y del prodigio,
del hechizo de Leonor,
se determinó, y le dijo:
Señor don Francisco, yo
como hombre solicito
alcanzar vuestros favores,
si merezco conseguirlo,
con la bellísima mano
de Leonor que tanto estimo,
con el renombre de esposa,
suplicándolo os lo pido;
y don Francisco, que estaba
deseando aquello mismo,
se la ha ofrecido, y con ella
diez mil ducados le ha dicho,
le dará en plata y en oro,
si se efectúa lo dicho.
Don Fernando se quedó
contento y agradecido;
alegres se despidieron,
y al momento don Francisco
se partió para su casa,
dándole cuenta y aviso
á su muger, y á su hija
muy alegramente dijo:
No sabes, doña Leonor,
objeto de mi cariño,
como te tengo casada,
que será tu gusto y mio,
con don Fernando Contreras,
hombre rico y bien nacido;
es noble, afable y discreto,

co-

como tú, Leonor, lo has visto;
solo aguardo tu respuesta,
para dársela al proviso.
Y Leonor como tenia
las potencias y sentidos,
el corazon, vida y alma
en su amante don Jacinto,
fué á responder, y no pudo,
que la fuerza de un delirio
la traspuso en un desmayo,
envuelta en un parasismo.
Aquí el coral de sus labios
eran de jazmin los visos;
las rosas de sus mejillas
en nieve se han convertido;
pero en fin por abreviar,
la volvieron con rocíos
y con muy tiernos sollozos,
articulando suspiros.
Apenas vuelta en su acuerdo,
á Leonor su padre vido,
volviendo segunda vez
á tratar de lo que ha dicho.
Acaba, Leonor, acaba,
responde á lo que te digo:
porque don Fernando está
idolatrando en tu hechizo;
es noble y muy poderoso,
como ya te he referido;
te hará dueña de su hacienda,
tendrás descanso y alivio;
esto ha de ser de por fuerza,
si no quieres por cariño.
Y remitiéndose al llanto,
hechos sus ojos dos rios,
desabrochando palabras,
resueltamente le ha dicho:
Padre y señor, don Fernando
nunca fué del gusto mio:
Qué importa que sea noble?
Qué importa que sea rico,
si nunca han conjeturado
sus conceptos con los mios?
Que don Fernando sea noble,
tambien lo soy, padre mio;
que sea dueña de su hacienda,
yo soy la que me cautivo.
La que por fuerza se casa,
por interés de lo rico,
no es muger, sino es esclava
que se vende en el guarismo
de la ambiciosa codicia;
esto, señor, es muy fijo.
En cuanto á tomar estado,
no ha de ser al gusto vuestro,
que ha de ser al gusto mio.
Y pues es fuerza os declare
como á padre mi designio,
yo tengo puesto mi afecto,
el corazon y sentidos,
por mandado de mi amor,
en don Jacinto del Castillo;
yo tengo esposo á mi gusto,
pues como al alma le estimo.
Viéndola el padre resuelta,
furioso y ensoberbecido
asióla por los cabellos,
que eran hebras de oro fino,
dándole golpes y arrastrando,
la metió en su cuarto mismo;
con un puñal en la mano,
en viva rabia encendido,
amenazóla de muerte,
diciendo: Haz lo que te digo,
ó la vida rendirás
al golpe de este cuchillo.
Viendo Leonor, que en su pecho
moraba el de don Jacinto,
y que es fuerza peligrase
en semejante peligro,
con cauteloso engaño
dijo: Padre y señor mio,
ya me resuelvo á que sea
don Fernando esposo mio.
Con esto el padre abrazóla
contento y agradecido,
dejándola, cuando al cabo
de cuatro dias ó cinco
escribió doña Leonor
un papel á don Jacinto,

di-

diciendo lo que le pasa,
que la sacase al proviso;
mas no fué tan en secreto,
pues lo cogió don Francisco;
hallola firme y constante,
segun por lo contenido.
Volvió otra vez indignado,
y á doña Leonor le dijo:
Mira, infame, este papel,
que envias á don Jacinto.
Encerróla, y dispusieron,
qne el Vicario al proviso
con don Fernando la case,
por escusar un peligro.
Quisiera escribir aquí
las lágrimas, los suspiros,
los sollozos. los lamentos,
los pesares y los gritos
que la triste dama hacia;
muy bien se dice ello mismo:
si el disimular la pena
no le fuera tan preciso,
rebentara de dolor,
mas volvióse basilisco,
cual vívora y cual serpiente,
que con su veneno mismo
antepone su venganza,
destruyendo á su enemigo.
Tuvo lugar, y escribió,
diciéndole á don Jacinto:
Esposo mio y señor,
dueño del alma querido,
hoy mi padre de por fuerza,
con harto dolor lo digo,
con que pena lo refiero,
y con que llanto lo escribo,
hoy me ha casado mi padre,
hoy te perdí, dueño mio:
de este pesar, de esta pena,
las lágrimas hilo á hilo
de mis ojos se despeñan,
remediarlo no he podido:
yo casada sin mi gusto,
rebiento solo en decirlo:
yo verme con otro dueño,
yo en brazos de mi enemigo:
ea, mueran los que causan
tus disgustos y los mios.
Para esta noche te espero,
vendrás bien apercibido,
que una criada avisada
te entrará en el cuarto mio.
Muera, muera don Fernando,
pues mi padre lo ha querido,
y nos irémos los dos,
que en otro reyno distinto
nos casarémos los dos,
que ya tengo prevenidos
muchos doblones y joyas,
muchas sortijas y anillos.
Esto, Señor, te encarezco,
no haya falta en lo que digo.
Todo aquel dia se estuvo
el padre con los padrinos,
trazando para la noche
mil fiestas y regocijos;
y la cautelosa dama
al inocente marido,
por encubrir la ponzoña,
mostraba amor y cariño.
Vino la noche, y con ella
á la puerta don Jacinto
bien prevenido de armas,
y la criada al proviso
le ha tomado por la mano,
y en su cuarto lo ha metido,
sin que nadie reparara,
y allí se quedó escondido,
cual áspid emponzoñado
entre las flores metido:
allí aguarda al inocente,
para picarle atrevido.
Llegó en fin la media noche,
se dió fin al regocijo;
ya todos los convidados
á sus casas se habian ido.
Entró Leonor en su cuarto,
halló en él á don Jacinto;
allí trazaron el como
han de lograr su designio

En-

Entró despues don Fernando
despojándose el vestido;
y pensando hallarse en los brazos
de Leonor que tanto quiso,
se halló en brazos de la muerte;
porque salió don Jacinto,
con dos recias puñaladas
abrió al alma dos postigos;
revolcándose en su sangre
se quedó cadáver frio.
Acuden los dos consuegros
al alboroto y ruido,
y al soplo de dos pistolas
las dos vidas han rendido;
y saliéndose del cuarto,
encontró Leonor á un tio,
diciendo: Viles traidores,
pagaréis vuestro delito.
Asió á Leonor de la ropa,
y ella con varonil brio
de un fuerte carabinazo
el corazon le ha partido;
y saliéndose á la calle,
allí montaron al proviso
en un lijero caballo,
qne tenia prevenido.
Al estruendo y alboroto
toda la justicia vino,
solicitando el prenderlos,
viendo lo que ha sucedido
en aquella triste casa.
Mas don Jacinto atrevido
con dos fuertes trabucazos
derribó cuatro ministros,
con que franqueó la calle,
y saliéndose al camino,
dejan de correr, y vuelan,
huyendo de su peligro.
Y en el segundo romance,
segun consta por lo escrito,
dice como se embarcaron,
y como fuéron cautivos;
y dice el fin que tuvieron
doña Leonor y Jacinto.

SEGUNDA PARTE.

Ya dijo el primer romance,
como van por el camino
don Jacinto con Leonor,
ambos del amor rendidos.
Apenas el claro dia
daba luz á los nacidos,
del camino se apartaron,
y entre unos ásperos riscos,
en una áspera montaña
se quedaron escondidos.
Pidió Leonor en merced,
le conceda don Jacinto
guardase la castidad,
hasta que el cielo divino
les eche su bendicion,
esto, señor, os suplico;
porque quiero que me goces
no galan, sino marido.
Y como hombre discreto,
(qne los generosos pechos
saben vencerse á sí mismo.)
Llegó la noche, y caminan,
y de la suerte que digo
llegaron hasta Bayona,
que es puerto de mar muy rico,
á tiempo que un mercader
salia con su navío
á la ciudad de Venecia,
con que ajustó don Jacinto
el viaje, y se embarcaron
con contento y regocijo:
haciéndose á toda vela,
surcan el mar cristalino;
pero trajo la desgracia
dos navíos argelinos;
los cercan por todas partes,
con que apresan al navío,
y despues de aprisionados
con cadenas y con grillos,
dieron en Argel con ellos,

y

y á pregon fuéron vendidos.
A Jacinto y á Leonor
los compró un turco muy rico,
el cual los presentó á Zayda,
por la estimacion que hizo:
es del rey de Argel hermana,
hermosa como el sol mismo,
la cual contenta y alegre
recibió los dos cautivos.
Estimó mucho el presente,
y así que la turca vido
la belleza de Leonor,
lo bien dispuesta y el brio,
la hizo dama de su estrado;
y viendo á don Jacinto
lo galan y lo bizarro,
lo discreto y lo entendido,
lo hizo su mayordomo.
Tambien juntamente hizo,
de que la arábiga lengua
le enseñasen al proviso.
Tan buena cuenta le daba,
cuidadoso y discursivo,
que ya Zayda se abrasaba
en amores del cautivo.
Se quejaba una mañana
á sus solas don Jacinto,
pensando nadie lo oía,
aquestas palabras dijo:
Sacratísima MARIA,
á vuestro divino ausilio
apela un desconsolado,
pues socorreis afligidos.
Consolad mi corazon,
Madre del Verbo divino,
ten de mí misericordia,
y si á tu santo servicio
conviene el que yo padezca,
padezca, que es gusto mio:
lluevan sobre mí trabajos,
y los mas fuertes martirios,
que ha inventado la herejía,
pues los tengo merecido.
Zayda que escuchando estaba
los lamentos de Jacinto,
entró con semblante alegre
diciendo: Cristiano mio,
qué tienes, que así te quejas
lloroso y enternecido?
Que puedes al duro bronce
ablandar con tus suspiros.
Con humildad le responde:
Estaba pasando el libro
de mis trágicos sucesos,
y en pasándolo me aflijo.
Serás casado en tu tierra?
Nunca, señora, lo he sido.
Tendrás amor en España?
Es verdad que lo he tenido:
pero ahora no lo tengo,
porque los conceptos mios
estan todos en Argel,
este es el dolor que gimo.
Y Zayda muy vergonzosa,
le dijo: Mira, cautivo,
si tú olvidas á tu Dios,
y sigues la ley que sigo
de mi profeta Mahoma,
gozarás muchas riquezas,
te daré muchos cautivos:
tambien te daré el gobierno
de aqueste reyno lucido.
Esto has de hacer, no lo dudes,
esto te está bien, Jacinto:
el cual respondió muy triste,
formando un tierno suspiro:
Cómo quieres que yo olvide
á un Dios de gracia infinita?
A un Dios, que por su bondad
quiso con su amor divino
redimirme con su sangre,
por librarme del abismo?
Cómo puedo ser ingrato
á quien tanto bien me hizo?
Calla, infame, no prosigas,
que á no hacer lo que te digo,
con la vida pagarás
la cólera qne reprimo.
Deja, cristiano, tu ley,
véncete á lo que te digo,
que

que el que sigue á mi Mahoma
goza bienes infinitos;
si no me quieres creer,
tendrás el mayor castigo
que se haya visto en Argel;
y replicó don Jacinto:
No dejaré yo mi ley,
que eso fuera un barbarismo,
aunque mil vidas tuviera
que rendir en sacrificio:
la ley de Dios resplandezca,
que Mahoma es un maldito,
síguele, que irá tu alma
á los profundos abismos.
Con esto Zayda indignada
salió fuera dando gritos:
Há de mis soldados, ola;
há de mi guardia y ministros:
venid y prended al instante
á este cristiano atrevido,
que quiso soberbio y loco
violentar el honor mio;
tome mi hermano venganza
de aqueste infame cautivo,
que no es razon que se quede
esta maldad sin castigo.
A las voces acudieron,
y prenden á don Jacinto;
y sin hacer mas probanza
que lo que la turca dijo,
lo sentencian á quemar
por blasfemo y por lascivo.
Dejemos en la prision
entre cadenas y grillos
á don Jacinto, y pasemos
á la dama, que es preciso;
porque en este mismo tiempo
estaba el moro encendido
en amores de Leonor,
y que estaba tan perdido,
trazando por mil maneras
el rendirla á su apetito.
Persuadiola muchas veces,
mostrándose amante fino;
pero la discreta dama
nunca dió á su amor oido.
Un dia la cogió á solas,
que la desgracia lo quiso;
encerróla en su retrete,
y estas palabras le dijo:
Hermosísima Leonor,
rémora de mis sentidos,
así desprecias á un Rey,
señor de tal poderío?
Reniega de Dios, reniega,
que haciendo lo que te digo,
tendrás reynos y vasallos,
joyas, diamantes, zafiros,
pues siendo tu amante un Rey,
todo estará á tu servicio;
y pues te tengo en paraje,
que por imposible miro
de mí te puedas librar;
he de hacer el gusto mio,
sin que tus fuerzas te valgan,
ni te aprovechen los gritos;
esto has de hacer de por fuerza,
si no quieres por cariño;
y advierte que soy rey,
en mis gustos tan altivo,
que á no hacer lo que te mando,
seré tu fiero enemigo.
Qué me respondes Leonor?
Y ella suspirando dijo:
Eso es cansarte en vano,
y lo tengo á desvarío
el pedirme que reniegue
del Señor que el mundo hizo:
en cuanto á querer gozarme,
esto, señor, bien lo afirmo,
que ha de ser muy imposible
el recabarlo conmigo.
Confieso de que eres rey,
y como rey, señor mio;
la vida podrás quitarme,
pero no el honor que estimo.
Viendo el moro de Leonor
la dureza con lo esquivo,
fué á asirla para forzarla:
y ella viendo su peligro,
sacó

sacó al moro de la cinta
el alfanje damasquino;
prosigue el moro su intento,
y ella resuelta le ha dicho:
Así defiendo mi honor
aun de los reyes lascivos;
y con un fiero reves
le dejó un brazo en un hilo.
Viéndola el moro resuelta,
y viéndose mal herido,
comenzó á llamar á voces
á su guardia, y luego vino.
A esta homicida cristiana
prendedla, soldados mios,
y haced que rinda la vida
entre crueles martirios,
pues es su intento el matarme
con el mismo alfanje mio:
como en la mano lo tiene,
le comprueban el delito.
Ven al rey que está mortal,
y con su sangre teñido:
prendiéronla, y la llevaron
á donde está don Jacinto.
De que se vieron los dos,
ambos lloran hilo á hilo;
Jacinto siente á Leonor,
y Leonor llora á Jacinto.
Le dice: Esposo del alma,
ya se cumple el gusto mio;
ya estoy condenada á muerte,
pues voy á morir contigo:
y esto por guardar mi honor
del rey que gozar me quiso,
y porque no renegué
de la ley de Jesucristo.
Esta es la postrera vez
q̃ hemos de hablar, dueño mio,
ya no nos verémos mas,
pues nos espera el suplicio;
ya la muerte nos aparta,
pues la suerte no ha querido
que nos logremos casados;
y llorando se han pedido
el uno al otro perdon,
y se perdonaron finos,
y abrazados fuertemente
se dicen enternecidos:
Ten ánimo, esposo mio:
ten valor, tú dueño mio,
que para Dios todo es nada,
ya es nuestro intento cũplido;
sirva este brazo de yugo,
los suspiros de padrinos,
sea nuestro amor las arras,
nuestra firmeza el anillo,
nuestras congojas la mano,
las lágrimas los testigos,
el tálamo nuestras penas,
la bendicion los martirios:
pues con martirios se curan
yerros que hemos cometido.
Y á la siguiente mañana
los infernales ministros
sacan á estos dos amantes
de donde estaban metidos,
á cumplirles la sentencia
en derecho á sus delitos,
y ejecutan con Leonor
el mas enorme castigo
que las plumas escribieron,
ni los cristianos han oido.
Encima de un carromato
traian apercibidos
con dos palos hecho un aspa,
y luego entre cuatro ó cinco
á Leonor la desnudaron,
deshonestos y atrevidos,
hasta que en carnes la dejan
enseñándola al gentío.
Cuatro braseros de lumbre
llevan en el circuito,
y con tenazas ardiendo,
los infernales ministros
de sus delicadas carnes
le van tirando pellizcos.
Decia la triste dama
con dolor tan excesivo:
Ay! Sea por la pasion
que padeció Jesucristo.
Alzó los ojos al cielo,
y dijo: Dios y señor mio,
inmenso rey de la gloria,
este afrentoso martirio,
esta vida, estos tormentos,
os ofrezco en sacrificio,
en recompensa, Señor,
de mis culpas y delitos.
De esta manera llevaban
por delante á don Jacinto,
y deste modo llegaron
al incendio prevenido,
de todos apedreados
desde el mas viejo al mas niño.
Llegaron ensangrentados,
y luego los homicidas
los juntan por las espaldas,
muy fuertemente ceñidos,
y al incendio los arrojan,
y entrambos arrepentidos,
entre las llamas diciendo:
Inmenso Dios infinito,
misericordia, Señor,
clemencia y perdon pedimos:
en vuestras manos, mi Dios,
nuestras almas remitimos;
y desta manera acabaron
los dos amantes mas finos.
Una voz se oyó en el aire,
que con claras voces dijo:
Subid mártires, subid,
á gozar del cielo empíreo.
Tomen ejemplo los padres,
que violentan á los hijos
para que tomen estado,
de algun interés movidos,
para que tenga con esto
el romance finiquito.

FIN.

Barcelona: Imprenta de los Herederos de la Viuda Pla, calle de Cotoners.